

# ACRACIA

REVISTA SOCIOLOGICA

Publicación mensual de diez y seis páginas, á una peseta semestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Mayo de 1887

Año II

N.º 17

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

## ACRATISMO SOCIETARIO

IV

TRISTE cosa es, por cierto, vivir sujetos á la dura ley de la servidumbre, al capitalismo y á las penalidades inherentes á tan bárbaro yugo. Decimos esto, dominados por la pena que nos causa la falta de tranquilidad y de tiempo para dar cima á nuestro trabajo, cual corresponde á su indisputable importancia, reconociendo, sin embargo, nuestra insuficiencia. Pero aun dada ésta, para exponer nuestro pensamiento, para bosquejarle á grandes rasgos, necesitamos del imprescindible tiempo, de los medios de estudio ó consulta y del natural sosiego, como trabajo serio, para que éste sea bien pensado, bien coordinado y corregido, circunstancias indispensables para llevar al ánimo del lector, sin embrollos ni dudas, la fiel reproducción de cuanto pensamos para impulsar el progreso á medida de nuestras fuerzas y alcanzar cuanto antes nuestra tan deseada libertad, reasumida en estas dos mágicas palabras: *Emancipación social*. Y como sea que nuestra desdicha, para que la pena que nos abrumba sea tan cruel como interminable, á todos nuestros actos refleja cual la eterna maldición de aquella ingeniosa cuanto funesta fábula, también nuestro pobre escrito elaborado ha de ser á empujones de voluntad, riñendo cruenta batalla con el reposo natural del cuerpo, y saltando cual ciervo acometido por cazadores perros; perdiendo la ilación y madurez de juicio, tan necesarias para la buena exposición del pensamiento; consolándonos tan sólo la benevolencia de nuestros lectores, que en iguales circunstancias han de leernos, que también la mutua desgracia alivia; y por tanto, no ha de serles difícil dispensarnos. Y con su indulgencia contando, y aligerados un tanto de nuestra pena con el desahogo comunicativo que la damos á ciencia y paciencia de todos, continuamos nuestra tarea.

Conforme el plan estatutario de la Federación de Trabajadores de la Región Española, tócanos ahora hacernos cargo de la Comisión Federal. Esta es, copiándolo textualmente, «el centro de correspondencia y estadística de la Federación Regional y la intermediaria entre las federaciones comarcales,» á cuyo efecto «sostiene relaciones continuas con los comités y comisiones de todas las regiones, con las comisiones de comarca y consejos de uniones y federaciones de oficio, con objeto de enterarse del movimiento obrero de todas las regiones y llevar la estadística del movimiento obrero de la Federación de Trabajadores de la Región Española.» Tal es el objeto y atribuciones de la Comisión Federal, desde el quinto Congreso de la Federación.



Para aclarar más el excelente espíritu acrático que ha informado la reforma de los últimos Estatutos, y que nos complacemos en reconocer, deben mencionarse el artículo 12 y el acuerdo 5.º de las proposiciones generales. Dice el artículo 12: « Como las huelgas han de ser sostenidas por las secciones, federaciones y uniones de oficios que las aprueben, la Comisión Federal podrá servir de intermediaria para sus relaciones, siempre que las huelgas deben ser sostenidas por dos ó más uniones.» Y el acuerdo 5.º concebido está en estos términos: «El Congreso declara: 1.º que cree posible la unión de los trabajadores de las diferentes escuelas socialistas, sin abdicar de sus principios, haciendo el pacto para ir contra el capital y en favor de la solidaridad obrera. 2.º que creyendo esto de la incumbencia de las uniones de oficio, éstas pueden hacer la unión indicada y por los medios que estimen más convenientes, mientras no sean opuestos á los Estatutos y á la marcha de la organización. En resumen: que la Federación quede intacta para la cuestión de principios y que las uniones de oficios pueden y deben servir de lazo de unión entre los obreros todos, sin distinción de principios ni de creencias...»

De todo lo transcrito se deducen estos puntos, suficientes á nuestro objeto: 1.º Dos organizaciones distintas, completamente separadas: las uniones de oficio, que podemos denominar *económicas*, y la Federación Regional, compuesta de las federaciones locales y comarcales, que denominaremos *revolucionarias*. Términos sólo para clasificar momentáneamente, pues ambas organizaciones forman un conjunto armónico revolucionario social bajo un mismo programa.

Las uniones de oficio corporativamente funcionan separadamente unas de otras, y con respecto á la Comisión Federal, sin que tengan otro punto de enlace que la identidad de aspiraciones y el espíritu de solidaridad que las anima.

Descartadas las uniones de oficio de la Regional, cuyas no discutimos en estos momentos, veamos si es necesaria la Comisión Federal para la buena marcha de la Federación.

Teóricamente, ya vemos á qué ha quedado reducida, y no ofrece así considerado ningún peligro. Prácticamente ha sido una delegación que ha ejercido gran influencia moral y material. No decimos ejerce, porque desde que los nuevos Estatutos funcionan, no sabemos que haya hecho la Comisión Federal cosa digna de censura; pero tampoco ha tenido nunca menos atribuciones, lo que da magnífica idea de nuestros progresos societarios.

Por regla general hemos visto que la Comisión Federal, ó se ha dado tal importancia, rayana en jefatura, ó se ha reducido á la impotencia, si no se ha querido abusar del cargo, muchas veces producida esta impotencia por falta de medios para atender á sus muchas obligaciones. En el primer caso ha sido funesta; en el segundo nula; y no por serlo ha desmerecido en importancia nuestra organización; al paso que en el caso primero su existencia se ha señalado por conflictos que todavía se recuerdan, bien á pesar nuestro, por más que reconozcamos se hayan



producido con la mayor buena fe del mundo en interés de la emancipadora causa que sustentamos.

¿Hay necesidad de citar hechos, que á todos nos apesadumbran, para probar nuestro aserto? Creemos que no; y esto nos ahorra penoso trabajo. Por otra parte, no es necesario, si nos fijamos en un solo hecho natural. Cuando en cada Congreso se ha tendido á mermar facultades de la Comisión Federal, prueba que las tenía y que las usaba; y no se modifica una cosa hasta que la práctica revela que es innecesaria ó mala. Casi puede afirmarse en absoluto que no son los hombres malos, sino las instituciones. Por rareza hallaremos un hombre naturalmente perverso; en cambio abundan las instituciones que pervierten al hombre. Y nosotros, que somos ácratas, sabemos que hay que atajar las causas que producen trastorno, y no combatir en detalles al efecto, que casi siempre es la primera víctima de aquéllas.

Puestos, pues, á poner diques á todo lo que puede cohibirnos en nuestra libérrima voluntad, jamás reñida con el interés colectivo, si la colectividad ha de ser una masa de hombres libres, diremos: que si una Comisión Federal está encargada de varios asuntos, á manera de resumen de la organización, con propia iniciativa, derecho á interpretación estatutaria, etc., es algo parecido á poder y á autoridad, y ya sabemos que esto es pernicioso y anti-acrático; y si se ha de circunscribir á las atribuciones en los nuevos Estatutos consignadas, es nula, por cuanto puede suprimirse; pues desaparecido hasta el nombre de una delegación que ha hecho grandes cosas, pero que ha causado inconscientemente también conflictos sensibles, se corta el mal de raíz, y no queda el temor de que puedan repetirse.

Por tanto, opinamos por la supresión de la Comisión Federal.

Queda ahora subsistente este punto, único que motiva el sostenimiento de la Comisión Federal en estos momentos: «¿Es conveniente un centro de relaciones y estadística, tal como se describe en los Estatutos?» Sin vacilar contestamos que sí; y sentimos que en este terreno se haya hecho tan poco, á pesar de consignarse en todos los Estatutos; lo que prueba más que se interpretaba de otro modo la misión de la Federal.

Consideramos de todo punto necesario que se medite seriamente en la organización de este centro, cuya utilidad es por todos reconocida. La casi indispensable falta de relaciones en el interior y en el exterior, nos estaciona en nuestra progresiva senda. Y estamos muy á oscuras respecto al particular. Gracias á la prensa obrera, que se esfuerza por llenar este gran vacío, sabemos algo; pero es muy poco para lo que necesitamos saber. En general desconocemos el movimiento obrero en todas sus manifestaciones de las otras regiones; y á ciencia cierta no sabemos cómo estamos en la nuestra.

Ahora bien: un centro que emprendiera seriamente este trabajo, única y exclusivamente, prescindiendo de otra consideración, ¿puede organizarse sin ser Comisión Federal, que, creemos, nunca podrá hacerlo? Para nosotros es sencillísimo: basta que las federaciones locales se pon-



gan de acuerdo, señalen una localidad que reúna condiciones á propósito; y la federación local del punto designado organice este centro bajo las bases que se hayan convenido entre todas las federaciones, publicando un *Boletín*, que hace suma falta, para que todos los federados sepan exactamente el movimiento obrero de todas partes (organismos, ideas, noticias, etc.), y cuyos gastos de este centro y *Boletín*, que á la vez sería el archivo de la Federación, como da una idea de ello la *Crónica de los Trabajadores*, pueden ser sufragados á prorrata por los federados que se comprometan á su instalación. Centro y personal que podría cambiarse á voluntad, como lo hacemos en todo, y del cual podríamos esperar poca actividad, por ejemplo, cosa visible por sus pocos hechos; pero nunca invasión de atribuciones ni autoritarismos; puesto que ni históricamente ni por su basamento estaría justificado.

Todas las otras funciones que podía ejercer ó ejercía la Comisión Federal, pueden hacerlo directamente las secciones ó federaciones locales, sin necesidad de otros intermediarios; siendo muy conveniente, por otra parte, que nos acostumbremos á administrarnos nosotros mismos nuestros intereses, que es la manera de empezar á ser libres é ilustrados.

Al capítulo de la Comisión Federal de los Estatutos, sigue el de los Congresos regionales, ó mejor, el modo y forma de llevarlos á cabo.

Hemos procurado no entrar en el detalle de los asuntos que dilucidamos, lo que hacemos constar para que no se crea que nos pasan inadvertidamente algunas cosas dignas de reforma, como acontece en el capítulo de los Congresos, sino porque, sobre ser pesado este ya largo trabajo, no atesorarían más ni menos las generalidades que establecemos.

La argumentación que *in menti* teníamos para tratar este punto de los Congresos, ha sido desarrollada mejor que no lo haríamos nosotros, por el compañero C. en el número 16 de esta misma revista, con el título de *El Mandato imperativo*; cuyo escrito recomendamos á nuestros lectores, ahorrándonos el trabajo de transcribir muchos de sus párrafos. El compañero C. condensa en este dilema sus razonamientos:

«La discusión en los Congresos anarquistas españoles es inútil, pues si los mandatos imperativos de cada delegado determinan su conducta y su voto en todos los extremos de la orden del día, lo que procede es votar, no discutir; porque si es cierto que de la discusión nace la luz, el representante, por claro que vea, ha de respetar la opinión de los que lo delegaron, ó, de lo contrario, se expone á que luego después no sea aprobada su conducta, por sana que hubiese sido su intención al aceptar las razones de otros delegados que á él, particularmente, hayan podido convencerle.»

Y más abajo continúa nuestro compañero:

«De manera que considerados en abstracto los Congresos anarquistas, podrían sustituirse perfectamente por otra forma menos costosa y más fácil. Pues si la colectividad antes de celebrarse el Congreso Regional ha de discutir y votar la orden del día para luego votar un delegado que vaya á reunirse con otros, cuyo mandato sea limitado como el de los demás, sin que la discusión de los delegados, en junto, pueda variar en



nada su respectivo mandato, es este un trabajo perfectamente modificable, pudiéndose economizar tiempo y dinero suprimiendo los delegados y remitiendo las colectividades su mandato imperativo á la oficina central ó Comisión Federal, para que ella por sí, ó junto con el Consejo Local de la localidad donde aquélla resida, hagan el escrutinio de las voluntades todas representadas por los mandatos remitidos, y luego la opinión resultante por mayoría conviértase en acuerdos de carácter ejecutivo.»

Aunque no lo afirma categóricamente, parece que el compañero C. recaba para el delegado su libertad de acción en nombre del principio ácrata, siendo tal el objeto del escrito; y algo diríamos sobre el particular si tratáramos este incidente de los Congresos, no muy conformes con el articulista; pero nuestro intento es otro.

Por los párrafos transcritos, cuya argumentación en general aceptamos, se deduce que algo tienen los Congresos defectuoso, que es preciso meditar y corregir.

Nuestra opinión es esta: si las secciones, federaciones, etc., proponen los temas, los discuten y los resuelven, para el mandato imperativo del delegado, el Congreso es inútil. Resta ahora saber si es más conveniente la discusión libre de delegados ó la libre de todos los federados. Nosotros opinamos, conforme hemos ya manifestado, que cuanto pueda prescindirse de intermediarios se prescinda; que es muy conveniente que el obrero piense y resuelva por sí todos los asuntos. Según el principio ácrata, creemos más conforme lo directo que lo indirecto.

Además no estamos en modo alguno conformes en la imposición de acuerdos porque sean de un Congreso ó de una mayoría. En buen principio ácrata, toda imposición es una tiranía, y no queremos nada, absolutamente nada obligatorio. Haremos aquello que directamente hayamos pactado ó que nos plazca, mientras no se atropelle la libertad de otro; pero rechazamos con toda la energía de que somos capaces la palabra obligatorio, sean acuerdos de mayoría ó de minoría.

Así, pues, en armonía con este nuestro criterio, consideramos la obra de los Congresos terminada, por cuanto puede sustituirse y se sustituye por las agrupaciones que los forman.

Cuando nuestra ignorancia era mayor, los Congresos ilustraban; pero si ahora nosotros ilustramos al delegado; ¿para qué queremos Congresos? Se nos dirá que las masas por lo regular no son tan ilustradas como ciertos individuos; no lo negamos; lo afirmamos también. Y aparte de que el que sabe, si no es un ingrato, puede manifestarlo por escrito ó por la prensa ó por la palabra, aprendiendo más la multitud que en unos días de Congreso; si algún punto no nos explicamos y queremos oír á los que puedan ilustrarnos, no hay más que lo que se hace siempre, sin que se falte á la Acracia; á propuesta de A. ó B. se inicia un Congreso; por cuantos se acepte la idea se plantea y se realiza. Las corporaciones manden á los individuos que juzguen más aptos, si quieren ir, y entonces, sí, sin mandato imperativo, pero sin que sean obligatorias las conclusiones. Se publican las actas, y cada cual toma de ellas lo que le agrade.



En suma, creemos que el articulado de los Congresos debe desaparecer de los Estatutos. Siempre que se quiera celebrar alguno, venga proposición, objeto, etc., y ya sabemos llevarlo á cabo. Y nos ahorramos dinero y tiempo, como dice nuestro compañero C., sin menoscabo de nuestra libertad y del progreso de nuestra organización.

Después de los Congresos regionales siguen los capítulos de los gastos de la Federación, de la propaganda y disposiciones generales.

Sobre los gastos, como que se refieren la mayoría á Congresos y Comisión Federal, no necesitamos para nada este capítulo, habiendo convenido en que ambas cosas sobraban también. Pero como no intentamos que nuestra opinión se imponga, sino que se tenga en cuenta, si se quiere, no podemos pasar este capítulo sin consignar el disgusto que nos causan los últimos párrafos que tratan del auxilio á los que sufran persecuciones por la causa. La Comisión Federal impone cuotas á propósito y el reglamento consigna lo que ha de percibir el que sea víctima gubernamental, y algún otro detalle que omitimos. Nos parece que todo esto estaría mejor por administración directa y por acuerdos directos también. Y no decimos más (1).

El artículo de la propaganda es inútil, porque no dice nada prácticamente, y lo juzgamos pertinente á quién ó quiénes se interesen por ella.

Sobre las disposiciones generales, decimos que toda imposición la rechazamos; y que sólo acatamos lo que pactamos libre y voluntariamente.

Después de esta revisión de los Estatutos en globo, podrá decírsenos que nada queda de ellos. Efectivamente, tanto es así, que la conclusión que hacemos es que no tienen razón de subsistir; que no necesitamos tanta reglamentación, pues no debemos acostumbrarnos á ser una especie de soldados sino de hombres libres. Tampoco consideramos á nadie ni á ninguna corporación con facultades para expender títulos de anarquista. Los mismos partidarios son suficientemente aptos para clasificar el que lo es y el que no lo es.

Alguien quizás diga que tampoco queremos organización por lo que hemos expuesto. Para que esta versión no prospere, diremos que hasta ahora no hemos combatido nuestra organización, sino los defectos que nos parece tiene; y no queremos que se dé á nuestra opinión más valor del que tenga. Que hemos afirmado la organización, pero que la queremos libre; y no hemos hecho más que juzgar nulos los Congresos por sistema, la Comisión Federal y los Estatutos Generales, explicando, á grandes rasgos, de qué modo sustituimos todas estas funciones y organismos.

Respecto á los Estatutos, en nuestro modo de pensar, podrían sustituirse por el programa de nuestros principios tan detallado como se quiera, y las adhesiones remitidas al Centro de relaciones y publicadas en el Boletín, probarían sin ninguna duda cuántos individuos y colecti-

(1) Escrito este artículo, sabemos se ha modificado este punto por el Congreso que se acaba de celebrar en el sentido que exponemos; como también se ha planteado para el próximo Congreso el asunto del artículo anterior.



vidades forman las huestes del anarquismo y del colectivismo en España.

El sistema de asociación y de federación, como tal, no le hemos tocado todavía. Nos parece que mucha organización queda y mucha reglamentación subsiste; é insistimos en repetir que la base es magnífica, pero susceptible de reforma, como todo lo del mundo, y que hemos de tender constantemente á la práctica verdadera del principio ácrata, sin opresiones arriba ni abajo ni en medio. Por otra parte, todo nuestro sistema asentado está en la voluntad de todos más ó menos consciente; no se derrumbará porque le toquemos alguna pieza suelta; como tampoco se cumplen los acuerdos si no hay voluntad en los federados de cumplirlos. Todo lo cual es prenda segura de progreso y de educación ácrata; circunstancias indispensables para ser libres. Y basta por hoy.—P.

#### MÁS SOBRE EL MANDATO IMPERATIVO

EL artículo inserto en el último número de ACRACIA, titulado *El Mandato imperativo*, ha venido á plantear una discusión que, á mi juicio, no deja de ser pertinente y digna de estudio.

Aparte la opinión respecto á la herencia apuntada á su final, en cuya opinión no convengo con el articulista, en lo demás hay razonamientos de suyo tan fundamentados, que ya sea concuerden con mi manera de ver y apreciar este asunto, ó ya no encuentre con qué rebatirlos, me han parecido, si permitís la frase, absolutamente convincentes.

Es entre todas de tal peso la que arguye que, de llevarse á rigor el mandato imperativo no habría menester la celebración de Congresos, bastando sólo que las federaciones y secciones remitieran sus acuerdos á la Comisión Federal para que ésta computara los votos, que creo no admite vuelta de hoja.

Porque aquí si que, alterando el sentido de una frase conocida, podía decirse: si mandato imperativo, ¿para qué congreso? y si congreso, ¿para qué mandato imperativo?

De este mismo corte son otras que campean en el artículo, y prueban á perfección lo desconocida que queda la individualidad á quien únicamente se encomienda la manifestación personal de la opinión mantenida por la agrupación que le otorgara sus votos.

Yo entiendo, después de leído y pesado el artículo de ACRACIA, que ha venido á aclarar y robustecer mis ideas sobre este punto, que siempre es hora y ocasión propicia de enmendar un error, mucho más si se tiene en cuenta que éste que nos ocupa le juzgo de bastante magnitud.

Y allá como me sea dable voy á darme á discurrir un momento, apuntando de paso las consideraciones en que fundaba mi creencia.

Desde luego hay razones poderosísimas que abonan la celebración periódica de nuestros Congresos, donde en el seno del compañerismo se cambian impresiones que, á pesar de no tener ese carácter espeluznante atribuído por seres entecos á todos nuestros actos, pertenecen exclusivamente al fuero interno de nuestra organización, y no les importa nada á esos que tienen sueldo por su habilidad en despegar sobres.



Es decir, que nosotros, como todo el mundo, familia inclusive, que hasta en sus miembros existen secretillos, tenemos asuntos que á nadie le incumben y nos son exclusivos.

Desde este punto de vista la utilidad de los Congresos es irrefutable. Añadamos el buen efecto que producen entre los obreros de la localidad donde se celebran, la propaganda que realizan, los lazos de amistad que crean, así como el pánico que causan en la burguesía, y, sumariamente al menos, supongo haber expuesto las razones que existen para que por todos se ponga verdadero empeño en que estos actos anarquistas tengan todo el esplendor é importancia que merecen.

Mas todo esto, tan lisonjero y conveniente, se desconcertaría hasta cierto punto, si los delegados hubieran de ceñir su representación á la mera exhibición personal del mandato imperativo.

Y no es que yo combata en absoluto el mandato imperativo. Creo es necesario, llámese así ó de otro modo, en toda aquella reunión ó congreso donde tuvieran cabida representantes de las diversas tendencias sociológicas, y por lo tanto pusierase en tela de juicio lo consustancial de nuestra doctrina, esto es la Anarquía, la Federación y el Colectivismo.

En este caso compréndese la necesidad de determinar la representación del delegado. Pero en nuestros Congresos no es presumible hayan de presentarse proposiciones que entrañen perjuicio á nuestros ideales, á lo que, digamos así, constituye el cuerpo de doctrina que informa en su esencia las bases sobre que descansa nuestra organización, y por tanto no se hace necesario esa extensión dada al mandato imperativo en puntos que, sin afectar á lo permanente, á lo característico de nuestro modo de ser, podrían dejarse á dilucidar al delegado, quedando en último término á la sección, si no estimara buenas las razones que hubieran influido en su ánimo para votar el acuerdo, la facultad que hoy tiene de dar su voto en contra.

De este modo el mandato imperativo se convertía en condicional, garantizándose á la par la libertad del individuo y la autonomía de la sección, y lo que es mejor, se demostraba la confianza en la cordura, sensatez y buen deseo de los demás delegados llamados á discutir y examinar las diferentes proposiciones, puntos ó temas sobre los cuales han de pronunciarse los compañeros reunidos en Congreso.

La lógica parece habla mucho en favor de esta solución, pues aun ateniéndonos á lo mismo que el mandato entraña, surge esta pregunta: ¿qué resultaría si el encargado de dar cumplimiento al mandato infringiera su espíritu y votara lo contrario de lo en él estipulado?

Pues sencillamente, sería un voto perezoso, pues nuestros Estatutos son en este punto tan previsores que, además del voto emitido en el Congreso por medio del mandato imperativo, necesitan los acuerdos la ratificación posterior de las secciones para que aquéllos sean válidos.

Este procedimiento, que es la verdadera expresión del sufragio directo, la consagración en toda su extensión de la soberanía de los manda-



tarios, viene en apoyo de nuestra opinión, y nos aferra en nuestra creencia de que no hay peligro alguno para que el delegado, sin perjuicio de mantener la opinión de sus electores, estime las razones dadas por los demás compañeros, y si las considera superiores y más beneficiosas que las hasta entonces aducidas por los de su localidad, vote con arreglo á su conciencia.

Vuelvo á repetir que juzgo en esto no hay peligro alguno, pues sabido es de todos los compañeros que primero se discute y vota en las secciones el mandato que se ha de conferir al delegado, y después de celebrado el Congreso esas mismas secciones vuelven á reunirse para revisar la manera cómo se ha cumplido el mandato y enviar su voto á la Comisión Federal, que es el definitivo, lo cual reduce las funciones del Congreso á mero cuerpo consultivo y á tener mejores impresiones respecto de los asuntos sometidos á deliberar.

Siendo esto así ¿qué peligro puede existir en que se consagre la autonomía del individuo en toda su plenitud, mucho más cuando las prescripciones mandatarias no pueden por propia virtud ejercer tal coerción que obliguen *a fortiori* al delegado á cumplir en absoluto el cometido que le ha sido impuesto?

Naturalmente que este, como todos los puntos de vista, tiene su pro y su contra. Hay muchos que, rindiendo fervoroso culto al tradicionalismo, creen, á pesar de estas razones, que se caería en el extremo opuesto. Para convencerse de ese error, bástales sólo fijarse en los párrafos precedentes, y quedarán satisfechos de la imposibilidad material de que puedan defraudarse las esperanzas de los mandatarios y menos burlarse sus aspiraciones.

Es inverosímil que la introducción de esta innovación pueda conducirnos á las corruptelas y extravíos del parlamentarismo burgués. No hay, por ningún concepto, paridad entre ese burdel de concupiscencias, de inmoralidades, de amañes y supercherías que se llama congreso político y los Congresos anarquistas. En el primero, hagan lo que quieran, sus determinaciones personales son ley; á nadie tienen que consultar; en los nuestros, donde los intereses son homogéneos, donde sólo buscamos á porfía el excogitar medios que nos conduzcan á faro de salvación, no puede haber otra aspiración que la aspiración colectiva de acercarnos en nuestras resoluciones á lo más justo, á lo más racional, á lo más conducente al fin supremo á que encaminamos nuestros esfuerzos.

Consignado esto, es ocioso suponer hubiera ningún anarquista que por capricho ó por miras ulteriores, tuviera el cinismo de separarse de la línea que le había sido trazada, puesto que, además de la responsabilidad moral en que incurría, podrían seguirsele perjuicios materiales, dado que, terminado el Congreso, tendría indudablemente que volver á la localidad donde residían los compañeros burlados.

Descartado el capricho y la mala fe, cosa de suyo inaceptable entre hombres de conciencia revolucionaria, queda esta otra duda, ¿no podría, influido por las circunstancias del momento, equivocarse?



Esto es fácil. Pero yo, á mi vez, pregunto: ¿no puede equivocarse la sección, la federación local y subsanar este error el individuo?

Naturalmente, que teniendo presente lo anteriormente apuntado respecto á la manera de otorgar el mandato imperativo, lo más cuerdo es suponer sea el individuo el equivocado y no la agrupación, razonamiento que si bien á primera vista parece concluyente, sólo añade un argumento en favor de la tesis sustentada, puesto que si admitimos que un individuo es susceptible de equivocarse con más facilidad que una sección ó federación, también debemos convenir en la probabilidad de que la sección ó federación esté en un error con respecto á los restantes.

La práctica nos demuestra y ha demostrado, á pesar de todo, que no siendo el mayor número ha sido el que más acertadamente ha discernido.

Bastaríanos recordar, en la humanidad en general, á Franklin, Newton, Galileo, Galvan, Volta, y otros sabios, cuyos prodigiosos inventos fueron desconocidos para la mayor parte de sus contemporáneos.

Omitiendo otras pruebas, y refiriéndonos á nuestra organización, ¿qué mejor prueba de la falibilidad de la obra humana que la celebración de nuestros Congresos? Desde la aparición de la Internacional (respetable y querida abuelita nuestra), ¿cuántas transformaciones no han sufrido nuestros Estatutos, lo que á perfección manifiesta, y de ello podemos estar orgullosos los anarquistas, que el único deseo que informa todos nuestros actos es la mayor aproximación á los eternos ideales de la verdad, del progreso y de la justicia?

Si esto mismo que ahora se discute llegara á convencer á los compañeros, ¿no sería irrefutable prueba de lo equivocados que hemos estado creyendo era imprescindible el mandato imperativo, que, después de todo, según yo creo, es una reminiscencia de los radicales políticos, que inventaron esa paradoja para distinguirse de los diputados conservadores de todos matices y hacer creer al pueblo que de ese modo su soberanía era permanente, á pesar de lo cual muchos, con mandato imperativo y todo, han traicionado villanamente á los cándidos electores?

Resumamos, pues: admitidas las dos hipótesis, y teniendo en cuenta que nuestro único objetivo es la elección del medio que más nos aproxime á la razón, yo entiendo que no hay inconveniente en conservar el mandato imperativo, si así quiere seguirse llamándole, para el mero acto en que nuestra federación tenga necesidad de delegar de su seno individuos que discutan principios, expongan doctrina frente á otros principios y doctrinas que las que sustenta la Federación Regional Española.

En nuestro seno y tratándose de nuestros asuntos, opino debe darse latitud al delegado, para que, sin perjuicio de manifestar la opinión que le ha sido encomendada, pueda votar aquello que le parezca más acertado. Algo de esto se ha hecho ya con las proposiciones incidentales y generales que no ha habido lugar de insertar en la orden del día publicado en las circulares convocatorias.

Pues bien, paréceme que este buen ejemplo debe ensancharse, á fin



de que la facultad individual pueda desenvolverse con completa holgura, sin perder por esto la consideración y aprecio de sus compañeros, que, estimando sus razones como propias de honrada convicción, pueden sin embargo, anular su voto en último término.

Entiendo, pues, que los delegados que asisten á los Congresos anarquistas deben llevar el mandato condicional, y que este acuerdo, si se adopta, está perfectamente calcado en nuestros principios, que así consagran la autonomía del individuo como la de la colectividad.

Madrid, 5 Mayo de 1887.

## LA CUESTIÓN SOCIAL

CONSIDERADA POLÍTICA Y FILOSÓFICAMENTE

por Víctor Drury

### IV

#### *El trabajo como elemento*

**Y**A hemos visto que hay cinco elementos que caen bajo el dominio de la actividad humana, ó mejor, que esos cinco elementos sirven como medio á través del cual las actividades sociales hallan su más completa expresión, y hemos demostrado también que esos cinco elementos son: *tierra, trabajo, capital, cambio y seguridad*.

Habiendo probado que la tierra es el primer elemento, y establecida la diferencia que existe entre la propiedad y la posesión, examinaremos brevemente el elemento trabajo, que se presenta en segundo orden.

Es muy probable que nosotros los obreros, los que tomamos parte activa en el movimiento social, tengamos respecto del trabajo conceptos no concebidos por muchos otros, y sobre todo por los sectarios de la economía política; y á fin de que no se mixtifiquen nuestras palabras al hablar del trabajo, es muy necesario que seamos explícitos en nuestras definiciones, porque ocurre frecuentemente, — cuando discutimos con nuestros contrincantes el concepto del movimiento obrero en general, — que la concepción de aquellos que como nosotros no piensan acerca de este asunto, es tan esencialmente distinta de la nuestra, que la confusión, más bien que la luz, es el resultado de la polémica, por la sencilla razón de que nuestras ideas respecto á lo que es y no es trabajo, no son las mismas.

No tememos afirmar que la humanidad sólo puede existir en este planeta de una ú otra de estas formas, es á saber: por el trabajo, por la mendicidad, por la holganza, por la explotación, por la prostitución y el robo.

No importa la clase ó modo de ser del hombre; nosotros los comprendemos todos, según su manera de vivir, en una ú otra de esas categorías, puesto que todos los que han conseguido asegurarse una forma de vida cualquiera, ha sido solamente por uno ó más de los referidos medios.

Es muy posible que en un porvenir próximo cada hombre sea colocado en su propia categoría; que cada categoría sea diferenciada por lo útil ó inútil, por lo moral ó inmoral; y como la aspiración del mundo es, sin duda, organizar la sociedad sobre bases de moralidad, la realización de este ideal necesita y reclama grandes medidas, comprendidas hasta el presente por unos cuantos individuos solamente.

Entiendo yo que habrá muy pocos entre nosotros que tachen de incorrecta



la siguiente proposición: «que los cuatro últimos modos de vivir antes consignados se reducen á uno solo: *parasitismo industrial*.»

Hay otra clase que no me detendré á examinar aquí, aquella que es susceptible de división, puesto que se compone de imbéciles por un lado y de incapacitados ó inútiles por otro, siendo estos últimos también susceptibles de nueva división. Luego trataremos de esto. Lo menciono aquí por dos razones: primero, para hacer constar que no es por error ú olvido; segundo, porque no se les debe considerar como á parásitos.

En cuanto á la significación del trabajo, podríamos referirla á los diferentes diccionarios conocidos, pues en ellos hallaríamos esta palabra, considerada como nombre, adjetivo, verbo activo y verbo transitivo. Pero nosotros tenemos que considerar el trabajo como una de las fuerzas sociales, y estamos obligados, por tanto, á darle un significado mucho más lato y comprensivo; tanto que nunca nuestros académicos ni aún lo habrán soñado.

Y como es una de las fuerzas naturales sin la cual la sociedad no puede existir, creo que no se nos acusará de darle demasiada importancia.

Puesto que el trabajo emana del hombre, puesto que es una de sus propiedades constitutivas y de todas las cosas es la más inmaterial, nosotros podemos llegar decisivamente á una definición general del trabajo, sin fijarla antes de tal ó cual manera particular; porque el trabajo es inherente al hombre, y por tanto, verdaderamente inseparable de él.

El hombre no es de naturaleza simple, sino compleja. Se compone de tres partes: primera, la física; segunda, la intelectual; tercera, la moral. Tiene, por tanto, cuerpo, corazón y cerebro.

Su cuerpo requiere alimento, vestido y abrigo. Consume, debe producir: hé ahí el trabajo.

Su cerebro necesita pensar, razonar, aprender, progresar: hé ahí la ciencia, la instrucción.

Su corazón requiere entusiasmo, atracción, afectos: hé ahí el amor.

Todos los hombres necesitan de esto, y cualquier fórmula social que le prive de una parte tan sólo de ello, ó es falsa ó es incompleta. Hé ahí, pues, por qué afirmo que el destino del hombre es trabajar, instruirse y amar. Si el hombre no satisface á estos tres términos, resulta inharmónico, defectuoso; y cualquier estado social que impida al hombre el libre ejercicio de esas tres facultades, que por su misma naturaleza constituyen su destino, no puede menos de decaer, degradarse, y, finalmente, perecer.

Al ocuparnos del trabajo nos referiremos al hombre como sér físico, prescindiendo de su naturaleza intelectual y estética. Dejaremos á un lado por breves momentos el corazón y la cabeza, para ocuparnos solamente del cuerpo.

Decimos, pues, que el hombre es un conjunto de fuerzas musculares y nerviosas, cuyo ejercicio es necesario á su existencia; que el ejercicio de las fuerzas musculares es lo que constituye el trabajo, y que, por consiguiente, el trabajo es una condición de vida sin el cual el hombre no puede existir.

Afirmamos que el trabajo es condición de existencia tan imperativa é indeclinable como el comer, el beber, el dormir y el respirar, porque si un hombre rehusara comer, beber, dormir ó respirar, no podría vivir; perecería sin duda alguna. Por esto repetimos que el trabajo es condición de la existencia y que el hombre fenece seguramente si no acepta esa condición, porque sin el trabajo que produce los alimentos sería imposible comer.

El sistema humano es un alambique que del alimento que consume destila ciertas fuerzas musculares y nerviosas que llegan á ser superfluas, y deben ser



por esto mismo repulsadas, so pena de que el cuerpo se torne pesado, irritable y probablemente enfermo. En otras palabras, el alimento que comemos nos da fuerza ó poder de generación, energía sobrante, que si se desarrolla según una potencia excesiva, ocasiona cierta inquietud, que viene á traducirse en necesidad de movimiento, de ejercicio que la disipe.

Esta energía superflua, este ejercicio necesario que expulsa la fuerza excesiva, constituye el movimiento muscular y nervioso, llamado generalmente *actividad muscular*, actividad que empleada en la creación de algo útil, de algo que satisfaga á las necesidades, conveniencias ó felicidad del hombre, es lo que propiamente se designa como TRABAJO.

La naturaleza ha dado al hombre la necesidad del alimento: el hombre ha de tenerlo, ó perece. El organismo y sus funciones se corresponden, y hé aquí que el hombre está dotado de una estructura física y de actividad abundante para procurarse el alimento.

Como el hombre no puede gozar de salud sin el ejercicio de esta actividad física, para obtener aquélla trabaja, esto es, expulsa la fuerza superflua.

Ahora bien; esta expulsión de fuerza ó energía, si se encamina hacia un fin productivo, da más de lo necesario á la reparación de la pérdida de esa energía empleada en la producción. En otra forma: el hombre que trabaja lo suficiente para conservar su salud, produce más de lo que puede consumir, ó, lo que es lo mismo, que la potencia de producción es mayor que la de consumo.

Lo que es cierto en el individuo, lo es igualmente en la colectividad.

Por ello opinamos nosotros que el trabajo constituye la higiene de las funciones físicas, hasta el punto de mantenerlas, por la misma virtualidad del ejercicio que supone, en una condición de salud y vitalidad. Hé ahí, pues, bien determinada la línea de división entre el trabajo y la holgazanería de los explotadores (1).

Los compaginadores de diccionarios no hacen esta distinción: confunden el trabajo con la holganza burguesa, y ambos términos llegan á ser uno solo para ellos. No así nosotros que definimos el trabajo, ejercicio que ennoblece, y la holganza disfrazada, ejercicio que degrada.

El trabajo da origen al ejercicio de las fuerzas físicas, á fin de producir en el hombre salud física, moral é intelectualmente considerada.

La holganza burguesa lleva en sí ese mismo ejercicio de las fuerzas, pero su objeto es destruir en el hombre toda condición física, moral é intelectual. El trabajo es un beneficio, la holganza burguesa es una maldición; el trabajo es un deber, la holgazanería un crimen.

Este concepto de la significación del trabajo, es prácticamente comprendido por los ricos (aunque teóricamente la niegan) tanto como por los pobres, por los holgazanes como por los industrioses, por los explotadores como por los obreros. Nosotros vemos á los ricos, á los holgazanes y á los explotadores recurrir todos los días á lo que ellos llaman *ejercicio*, á fin de dar salida á esa energía superflua que les molesta. Los que son ricos y no necesitan trabajar para obtener el movimiento necesario, así como también los que son holgazanes y no quieren trabajar para obtenerlo, recurren á los paseos en coche ó á caballo, á los billares, al baile, á la esgrima y otros de esta índole (cuando no hacen algo peor) á fin de conservarse en buen estado de salud.

(1) Imposibilitado de dar traducción literal á la palabra *drudgery*, cuya significación aproximada es *faena vil*, y comprendiendo el sentido que la da el autor, empleo las acepciones *holgazanería de los explotadores*, *holganza burguesa*, etc., para designar todo trabajo improductivo, tales como el de los abogados, banqueros, comerciantes, etc., etc.—(N. del T.)



Así, pues, nosotros opinamos que si se emplea tanta energía física en la producción de algo necesario ó útil, como la que se prodiga en la producción de lo inútil, esto es, que si todos quisieran aplicar su energía á trabajos productivos en vez de aplicarla á los improductivos, la producción sería mayor que lo que se necesita para el consumo general.

Es indudable que si ciertos individuos consumen sin dar un equivalente en producción por aquello que consumen, en cambio otros tendrán que hacerlo, no solamente con relación al equivalente de su consumo, sino también para el equivalente de los que no producen: hé aquí cómo el trabajador se ve obligado á producir el doble de lo que necesita para su consumo, á fin de que los holgazanes puedan consumir sin producir (1).

Así, el trabajador se degrada por el trabajo, y lo que debiera ser una virtud se convierte en un envilecimiento. Tal es el crimen social.

«Si no tienes necesidad de trabajar para comer, dice Franklin, debes hacerlo, no obstante, por higiene.»

La idea del trabajo es para muchos deshonrosa.

Los trabajadores deben hacer toda clase de esfuerzos por salir de la triste condición á que les han arrojado y hacerse respetar.

Digamos con las buenas gentes del siglo XII, á quienes son indignos de descalzar sus descendientes de hoy:

*Laborare est orare*, trabajar es orar.

#### MISCELÁNEA

EN Londres se acaba de vender un terreno de unos 30 metros cuadrados en la calle de Cheapride, al precio de 9,375 pesetas el metro cuadrado. Pagada á este precio, una hectárea valdría 93 millones de pesetas, valor debido únicamente á que cuatro millones de individuos se aprietan en la City; de modo que es la colectividad la que ha creado esa fortuna y un solo individuo es quien la embolsa.

Tomamos los siguientes datos del *Bulletin des Halles*, de París:

Los 1,885 tahoneros de París crecen anualmente:

*Harina*: 2 533,751 quintales métricos, ó sea, considerando que 100 kilogramos de trigo dan 70 de harina.

*Trigo*: 3.619,645 quintales métricos.

Y como con 100 kilos de harina se hacen 138 de pan, resulta que el consumo anual de pan en París es de 3.293,876 quintales métricos, y el consumo diario de 9,025 quintales métricos.

Y como la población de París es de 2.256.080 habitantes, el consumo anual por habitante es de 146 kilos y el consumo diario de 400 gramos, ó sea una libra catalana.

Pero como estas cantidades, que es el mínimo de lo que suele consumir un individuo, no es más que el consumo medio por habitante, como son muchos los que consumen más de los 400 gramos de pan, resulta forzosamente que muchos otros no consumen dicha porción, sin contar con que no son pocos los que no pueden ni aun probar bocado.

En 1881 había sobre un total de 91,734 obreros, 9,347 niños de 12 á 14 años ocupados en las fábricas de los Países-Bajos. En 1884 esta cifra era de 18,865 niños por un total de 163, 507 obreros.

Como se vé, el número de niños empleado en las fábricas aumenta mucho más rápidamente que el de adultos.

(1) Ruego á aquellos de los comunistas modernos que no lo fían todo al sentimentalismo, se fijen en este razonamiento.

En el sistema comunista, el precepto «de cada uno según sus fuerzas» sólo podrá cumplirse mediante un poder regulador que lo determine y lo imponga. Si por el contrario, se abandona su cumplimiento á la voluntad de cada uno, entonces no se producirá en muchos casos según las fuerzas, sino según lo que cada uno quiera buenamente. En este caso, lo mismo que en el sistema actual, la holganza de los bigardos obligará á los que trabajen á producir para sí y para aquéllos. Y hé ahí cómo la explotación es tanto un vicio del individualismo como del comunismo. Meditadlo. — (N. del T.)



Según *Il Fascio Operaio*, que lo toma de los datos oficiales, hay en Italia 1.600,000 rentistas; deduciendo de este número aquéllos cuya renta basta apenas á cubrir las necesidades de la vida, quedan unas 50,000 familias, ó sea 250,000 individuos que viven en la abundancia, siendo por consiguiente,—puesto que Italia cuenta 30 millones de habitantes,—29.750,000 los que vegetan en la escasez ó en medio de la más completa miseria.

¡Cuán fácil es hacer la expropiación revolucionariamente en tales condiciones!

Durante el año 1885 han sido abandonados por sus madres, sólo en Francia, 3,137 niños.

La miseria en unas, un falso sentimiento de honor en otras, hacen que un gran número de infelices mujeres abandonen á sus hijos al torno de la inclusa, precisamente en la edad en que más necesitan éstos del cariño y de los cuidados de quien las ha dado el sér.

Los que nos acusan de querer la desmoralización de la familia y el abandono de los hijos en la sociedad futura, pueden tomar nota de esta triste estadística de la sociedad presente.

Leemos y cortamos:

«Londres tiene la fama de encerrar en su seno la miseria más espantosa que se pueda imaginar. La fama es merecida. Una miseria inaudita se oculta en sus callejones, en sus *culs-de-sacs*, donde no se penetra comunmente... Encontraréis en las calles mendigos escuálidos y desarrapados, vendedoras de flores ó de fósforos, envueltas en un chal raído: en el triste medio donde se os aparecen, bajo un cielo gris, en una atmósfera espesa, cargada de humo, sobre un suelo negro y resbaladizo, os conmoverá su imagen. Pero esas no son más que impresiones aisladas: allí no habréis visto cara á cara, en su propio cuadro, la miseria que se oculta á dos pasos de las calles comerciales y prósperas, ni la que ocupa barrios enteros...

»Cada cuarto de siglo, la atención se dirige violentamente hacia ese lado... Entonces se recuerda de pronto que Londres *abriga juntamente riquezas infinitas y pobreza insondables...*»

Y seguimos leyendo y cortando:

«Mezclados en asquerosos tabucos viven ladrones, asesinos, muchachas y honrados obreros con sus familias. La moralidad y la decencia no se conocen allí, pocas personas son casadas; nadie se cuida de eso; la unión libre triunfa; el incesto y algo peor son pecados veniales. En una calle de 35 casas hay 32 lupanares; en otra, 43 casas son habitadas por 428 muchachas perdidas, muchas de las cuales no pasan de doce años...

»La pobreza de los que procuran ganarse la vida honradamente excede á toda medida. Un niño de siete años puede aprender fácilmente á robar por valor de 10 chelins á la semana; pero ¿qué gana fabricando cajas de fósforos, que se le pagan á 2  $\frac{1}{2}$  peniques (poco más de un real) la gruesa? Para ganar tanto como el raterillo, ha de hacer 56 gruesas á la semana, lo cual es imposible. Mujeres que cosen pantalones reciben 2  $\frac{1}{2}$  peniques por cada par y han de poner el hilo: ¿qué pueden ganar? Todo lo más 1 chelín al día, trabajando 17 horas. Las costureras de camisas reciben 3 peniques por docena, etc., etc.»

Y después de haber leído esos párrafos, escritos todos ellos por plumas burguesas, no podemos menos de exclamar:

Es verdad que hoy no conocemos aquellas grandes pestes, aquellas hambres desoladoras que en los calamitosos tiempos de la Edad Media despoblaban comarcas enteras, pero en cambio tenemos la miseria permanente, esa miseria que cada día conduce al sepulcro á centenares de individuos y de la que nadie hace ya caso porque la costumbre ha acabado por hacérnosla considerar como la cosa más natural del mundo.

Según una estadística, sobre 1.957,548 obreros que hay en las fábricas de Prusia, y cuya sexta parte está compuesta de mujeres, hubo en 1881: 1,986 muertos, 1,680 heridos graves imposibilitados para trabajar durante muchos años y 85,056 heridos leves, cuyas heridas fueron seguidas de enfermedades que duraron varios días ó semanas que representan en junto 1.649,580 días de enfermedad por año.

La propina de esos dos millones de trabajadores es, pues, de 3,666 personas muertas ó imposibilitadas para el trabajo y de 1.649,580 días de enfermedad al año.

Y todo por el mal estado de las máquinas, debido á la avaricia de los patronos.

Pero éstos en cambio se enriquecen con el sudor y la sangre de los trabajadores.

Váyase lo uno por lo otro.



## MOVIMIENTO SOCIAL

PREOCUPAN seriamente la atención pública los sucesos que se están desarrollando en Bélgica. Las huelgas de los mineros se extienden en alarmantes proporciones para los privilegiados, llegando en algunos puntos á colisiones sangrientas con las tropas, que tratan de constreñir el movimiento y ahogarle en sangre. Los obreros no ceden por esto en sus justas pretensiones, adquiriendo cada día más las simpatías populares hasta el punto de hablarse seriamente de una huelga general, la que en estos momentos complicaría la situación de aquel país tan gravemente, que quizás tomará un sesgo decidido á favor del proletariado.

Acontecimientos como los que se preconizan hoy en Bélgica, son de la más alta importancia, si se considera que vivimos en un estado transitorio de tal naturaleza, que así podríamos caer en el más feroz despotismo, despotismo que no podría tener de ningún modo carácter permanente dadas las actuales corrientes revolucionarias, como podrían abrir las puertas á la lucha decidida por la emancipación del esclavo del tanto por ciento, sin distinción ni contemporizaciones.

Y no hay que ser muy perspicaz para profetizar estos efectos; puesto que la incertidumbre que se ha apoderado de la sociedad, indica que ha perdido la brújula para seguir rumbo cierto. El malestar social es inmenso, la desconfianza en los sistemas gubernamentales es profunda; y la atmósfera cargada está por las maldiciones de los que sufren amarguísima vida moral y material, sintiendo verdadero asco por una sociedad tan cruel y escéptica como la presente, que no tiene ya ni un sofisma que detenga el hálito vivificador de emancipación que colorea el rostro de la víctima imprimiéndola el sello de la dignidad, del poseído del derecho á la vida, del sér verdaderamente libre.

Que no son concepciones de *iluminados* esto, que es fatal que estos efectos se produzcan, por la razón misma de que la monstruosa tiranía económica, más que ninguna otra, es la causa determinante de aquéllos, pruébanlo los pasados sucesos de Inglaterra, latentes momentáneamente, los de la misma Bélgica hace poco tiempo y los de los Estados Unidos, de cuyos anuncios atemorizados los periódicos ingleses una gran revolución socialista para dentro de dos años, con todos sus precedentes, plan, desarrollo y consecuencias que el movimiento ha de tener. No creemos al pié de la letra estos vaticinios; pero si se tiene en cuenta que en los Estados Unidos existen organizaciones obreras de más de millón y medio de hombres, y que acosadas por el feudalismo industrial que cada día sumerge nuevas falanges productoras en el más completo abandono y miseria *por sobra de producción*, y por tanto de brazos (fenómeno risible si no manara sangre), estas organizaciones, repetimos, pueden, y llegarán, á traducirse en invencible fuerza revolucionaria, si hoy todavía yacen un tanto aletargadas en la esperanza de que este belén social tenga alguna indefinible componenda.

Y los Estados Unidos, en América, é Inglaterra, ó quizás Bélgica y otras regiones, en Europa, están ya con el problema social planteado, y cuando á esto se llega, se tardará tal vez, pero el problema se ha de resolver en el sentido del progreso y de la justicia.

Por otra parte, si la presión económica y la expansión revolucionaria no crearan el conflicto, podrían crearlo las consecuencias desastrosas de cualquiera de estos entreteneimientos políticos que no reúnen ni una circunstancia humanitaria ni progresiva; la cuestión de Oriente, la franco-alemana, la anglo egipcia y hasta la determinación de fronteras en el Afganistán. El inmenso caudal empleado en guerra algún interés ha de producir, aparte del pauperismo que crea; las ambiciones no son pocas. Habrá, pues, conflicto y habrá consecuencias, y se contribuirá á apresurar la solución que envuelve todas las cuestiones: la solución del problema social.

Por lo que atañe á la región española en estos momentos, que no da qué decir ni qué hacer aparentemente, acaba de celebrarse un Congreso de la Federación Regional de los Trabajadores, que si no ha hecho otra cosa, ha preparado el estudio de importantes temas que han de llevar á la misma gran número de adeptos y valiosos elementos; todo lo cual suma inteligencia y fuerza, dos poderosos elementos suficientes para fijar la estabilidad del libre productor en armónica, ilustrada y justa sociedad.

En Rusia los últimos atentados contra el czar han llevado al patíbulo y al destierro á varios revolucionarios. En Alemania no se sabe ya qué hacer para molestar á los socialistas. La Irlanda, por efecto de las barbaras leyes que últimamente se han aprobado, amenaza formidable volcán revolucionario. Italia continúa su sistema de persecución. Y en Austria, Francia, Suiza, y en la América del Sur, se notan grandes trabajos de resistencia á la tiranía, de propaganda y organización. No queda ya un palmo de tierra donde no hagan agitar á los explotados las ideas emancipadoras. El porvenir es nuestro.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.